

Amina y el Festival de las Marcas de Luz

Amina tenía la piel oscura y preciosa, adornada por trencitas llenas de colores y pequeños abalorios que tintineaban cuando caminaba. Y además... tenía sus manchitas claras, esas que a veces miraba con curiosidad y otras con un poquito de duda.

—Son parte de mí —se decía—, pero no sé si son bonitas o raras.

Ese día, en el gran parque de la ciudad, se celebraba el Festival de Ciencia y Naturaleza. Había puestos por todas partes: túneles de luz, charcas para ver reflejos, lupas gigantes, flores que cambiaban de color con el sol... Parecía un lugar donde los secretos del mundo se dejaban ver.

Amina caminaba despacito. Le gustaba observar antes de acercarse. El aire olía a hierba, a madera y a algo emocionante que aún no tenía nombre.

En uno de los puestos vio una carpa brillante.

“Estación de la Luz y las Marcas de la Naturaleza”, decía el cartel.

Dentro, una científica de pelo rizado y gafas redondas la saludó con una sonrisa grande y tranquila.

—Hola, pequeña exploradora. Soy la doctora Nura. ¿Quieres ver algo mágico?

Amina asintió, con los ojos muy abiertos.

La doctora encendió una lámpara especial. La luz era suave, como una luna que bajaba a saludar.

—Mira tus manos —le dijo.

Y entonces Amina vio cómo sus manchitas brillaban, como si fueran islitas claras dentro de un océano.

—¿Ves esto? —preguntó Nura—. En la naturaleza, cada ser vivo tiene sus propias marcas. Son como firmas secretas que cuentan su historia.

Amina levantó la mirada.

—¿Como las flores?

—Exactamente —respondió la científica—. Mira.

Sacó un cuaderno y lo abrió por una página llena de dibujos: mariposas con puntitos, hojas con manchas doradas, pétalos con líneas blancas...

Y luego lo pasó a otra página.

—¿Sabes qué animalito tiene manchas que lo hacen único?

Amina negó con la cabeza.

—El cervatillo —dijo Nura con emoción—. Tiene pequeñas manchitas claras en su lomo. Las lleva solo cuando es pequeño, y ¿sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó Amina.

—Porque esas manchas lo protegen y lo distinguen. Es su manera de decir: “Así soy yo, así me reconoce el bosque”.

Amina se quedó pensativa. ¿Y si sus manchitas también contaban algo especial sobre ella?

Entonces Nura le puso un espejo de mano.

—Tus manchas no son un error. Son tu mapa de luz. Igual que las flores, las mariposas y los cervatillos, tú también tienes una marca única en el mundo.

Amina sonrió despacio. Una sonrisa que primero nació pequeña, pero que pronto creció y se volvió enorme.

Las mariposas de colores colgaban del techo y parecían bailar con sus abalorios.

—Me gustan mis manchitas —dijo—. Son más. Y son bonitas.

—Son preciosas —respondió la doctora—. Y tú también.

Al salir de la carpa, el sol cayó justo sobre ella. Sus trencitas brillaron, y sus manchitas parecieron pequeñas constelaciones.

Un grupo de niños la llamó para jugar a descubrir tipos de hojas.

Amina corrió hacia ellos, ligera, feliz, sintiéndose parte del mundo.

Porque ahora sabía algo que nadie podría quitarle nunca:

su piel era un dibujo de la naturaleza, un poema de luz.

Y cada manchita era una estrella que la hacía única, igual que a los cervatillos.